

1

UN NUEVO ROSTRO DEL MUNDO

Introducción

Desde el rostro de Dios buscamos un nuevo rostro para el mundo.

Jesús nos muestra la paternidad de Dios y promueve el amor fraterno. No se puede separar la relación con Dios de la relación con el hermano.

Convivimos en un mundo de estructuras injustas. Estamos llamados a la solidaridad y al gozo de compartir. La Iglesia nos invita a promover un mundo de justicia y solidaridad desde su doctrina social.

Objetivo:

Tomar conciencia de que a los creyentes se nos exige no separar las prácticas religiosas de los compromisos sociales.

UN NUEVO ROSTRO DEL MUNDO

VER EL MUNDO DESDE DIOS

A lo largo del camino que les proponemos recorrer vamos buscando un nuevo rostro de Dios, pero también buscamos un nuevo rostro del mundo. El que ahora tiene no nos gusta demasiado: está lleno de injusticias y desigualdades y está empañado por el egoísmo individualista, la violencia y todas las formas de pecado social que vemos a nuestro alrededor.

Una vez descubierto el rostro de Dios hay que buscar un nuevo rostro para el mundo, porque Él protege a los pobres, a los extranjeros, a los huérfanos, a las viudas, y quiere la justicia y la solidaridad.

A los creyentes nos exige que no separemos la práctica religiosa de los compromisos sociales:

“Odio, desprecio vuestras fiestas, me disgustan vuestras solemnidades. Apartad de mí el ruido de vuestros cánticos, no quiero oír más el son de vuestras arpas. Haced que el derecho fluya como agua y la justicia como río inagotable” (Am 5,2 1.23-24).

De hecho el propio Jesús, al tiempo que revela la paternidad de Dios, promueve una justicia más perfecta. que implica fidelidad, sinceridad y amor especial por los pobres, reconciliación con los enemigos, y propone para la convivencia humana un nuevo estilo, el de las bienaventuranzas, que nos hace constructores de la paz.



Nos recuerda que no puede haber culto auténtico ni verdadera relación con Dios, si se olvida la relación con el hermano.

“Así pues, si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda” (Mt 5,23-24).

VIVIMOS EN UN MUNDO INJUSTO

Hemos de reconocer que la injusticia y la insolidaridad están instaladas en las estructuras del mundo. El dato más sangrante es que el 30% de la población mundial dispone del 75% de la riqueza, mientras que el 70% sólo dispone del 25%.

Para comprobar este dato, no tenemos más que mirar a nuestro alrededor e inmediatamente descubriremos innumerables situaciones que muestran que no se cumplen los planes de Dios en lo que se refiere al destino universal de los recursos materiales.

ABIERTOS LOS UNOS A LOS OTROS

Los hombres, sin embargo, hemos nacido para darnos a los demás y para ser complementarios los unos de los otros. En la medida en que crecemos de un modo sano, en cada uno de nosotros se va desarrollando la capacidad de comunicarnos con los otros y de descubrir que nos necesitamos mutuamente.

Todos estamos llamados a abrirnos a los otros seres humanos, a ser solidarios, lo que ha de llevarnos a una convivencia justa y pacífica. Es más, cuando ponemos en juego lo más noble de nosotros mismos somos capaces de sentir alegría y de considerar como lo más hermoso que tenemos a esa capacidad de fomentar la felicidad de los otros con acciones justas y gestos solidarios.



El egoísmo, sin embargo, crea en nosotros tristeza, mientras que la generosidad es magnánima y deja en el corazón humano un poso de alegría y profunda satisfacción por todo lo gratuito que somos capaces de aportar en nuestras relaciones con los demás, por haber sabido brindar gestos concretos en favor de los otros.

LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

La Iglesia, recogiendo una larga tradición, que arranca de la misma Sagrada Escritura y que continúa, sobre todo, en los Santos Padres, nos invita —a pesar de que ella no siempre ha sabido ser instrumento de justicia— a trabajar por construir un nuevo rostro para el mundo. Esto es lo que hace con su doctrina social, es decir, con el conjunto de sus enseñanzas sobre la dimensión social del mensaje cristiano. En ellas nos invita a construir el reino de la fraternidad entre los hombres y los pueblos. La Iglesia lo hace consciente de que es pecadora y necesitada de convertirse a Dios, y así su voz tiene más credibilidad y puede ser escuchada mejor.

Son numerosos los textos que nos exponen las principales cuestiones que afectan a la vida social y a la visión que la Iglesia tiene de ellas: la relación norte-sur, la guerra y la paz, el desarrollo, la solidaridad entre los pueblos, la dignidad del trabajo, la salvaguardia de lo creado, etc.

Una muestra de ello son estos textos pontificios:

- Rerum novarum	(1891),	de León XIII,
- Quadragesimo anno	(1931),	de Pío XI,
- Mater et magistra	(1961),	de Juan XXIII,
- Pacem in terris	(1963),	de Juan XXIII,
- Populorum progressio	(1967),	de Pablo VI,
- Octogesima adveniens	(1971),	de Pablo VI,
- Laborem exercens	(1981),	de Juan Pablo II,
- Sollicitudo rei socialis	(1988),	de Juan Pablo II,
- Centesimus annus	(1991),	de Juan Pablo II.

La doctrina social de la Iglesia pone en relación la revelación de Dios con las ciencias humanas. De éstas extrae los elementos con los que conocer la realidad social y de la revelación, los criterios, orientaciones, valores, etc., que en última instancia se fundamentan en una concepción trascendente de la persona humana.

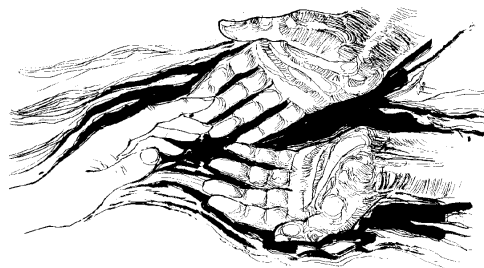
Con esa relación entre ciencias humanas y revelación, la Iglesia promueve y nos invita a promover un nuevo rostro para el mundo en justicia, solidaridad y paz.



PARA PROFUNDIZAR Y COMPARTIR

- ¿Hasta qué punto se unen en su ambiente social y religioso estas dos exigencias: *las prácticas religiosas y los compromisos sociales*?
- ¿Cuáles son los pecados sociales que más se dan a su alrededor?
- Comenten entre ustedes las situaciones de injusticia e insolidaridad que ven a su alrededor.

Procuren concretar cuáles son y quiénes las padecen.



PARA ORAR

+ **Lectura:**

20^a CAPITULO GENERAL:

- *Dios nos ha dado los dones necesarios para encender el mundo y a quienes nos rodean. Somos sembradores de esperanza. Nos acercamos a los jóvenes y les ayudamos a formar, desde sus existencias fragmentadas, un hermoso mosaico y a descubrir el sentido de la vida.*
- *En un mundo cada vez más fragmentado e individualista, nos sentimos fuertemente llamados a vivir la profecía de la fraternidad, a poner en práctica nuestro “ser hermanos” de los niños y los jóvenes, a través de gestos concretos de atención y acogida, de escucha y de diálogo.*

+ **Compartimos** lo que los textos del 20^a Capítulo General nos inspiran.

+ Traemos a nuestra oración las **situaciones** cercanas que nos llaman a ser operadores de humanización (situaciones, personas...).

+ **Oración final:**

Bendito eres, Señor de cielo y tierra,
porque por don tuyo ha germinado en Cristo
la libertad de tus hijos
por los surcos de la paciencia y del sacrificio.

Tú quieres que los hombres de nuestro tiempo
pongan en el centro de su vida familiar y social
el mandamiento del amor
y les das tu Espíritu,
para que, libres de toda forma de opresión,
construyan un modelo nuevo de habitar la tierra,

justo y fraterno,
para las generaciones venideras.
A ti la gloria por los siglos.

Dios de providencia infinita,
que has mandado a tu Hijo a la tierra
a compartir nuestras fatigas y
nuestras esperanzas,
bendito seas por todos los beneficios de tu amor,
que nos sostienen en nuestra existencia cotidiana;
haz que cada hombre pueda gozar de un pan gustoso,
de un trabajo digno justamente remunerado,
de una casa acogedora y serena;

que tu Espíritu ilumine los caminos del progreso humano
en una continua búsqueda de justicia y verdad,
en la espera de los cielos nuevos y la tierra nueva.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

+ María, presencia silenciosa ante el dolor:

TU ERES MADRE, ESTAS AQUI
ME ACOMPAÑAS Y ME CUIDAS CON AMOR
TU ERES MADRE, ESTAS AQUI
Y ME AYUDAS COMO TU A DECIR SI.

Tú estás cerca, junto a mí;
y en silencio,
vas orando ante el Señor.
Tú eres madre del amor,
vives cerca de los hombres del dolor.

En las calles de la ciudad,
en la gente que trabaja por su pan;
vives, Madre, en el hogar
de la gente de sencillo corazón.

En los niños y en la flor,
en el joven que posee una inquietud,
vives, Madre, dando paz
al anciano que te reza en soledad.





PARA PROFUNDIZAR Y ORAR

San Marcelino, “siempre dispuesto”

+ Con este **canto** nos introducimos en el corazón del mundo y de Champagnat: (Kairoi)

EN LOS OJOS DE UN MUCHACHO

Nuestra historia comenzó
en los ojos de un muchacho abandonado
que enfrentándose a la muerte
conmovió tu corazón
en el lecho del dolor
fuiste su último consuelo y dijiste:
¡Cuántos niños morirán
sin saber que Dios les ama!
¡Cuántos niños morirán
sin sentir una mirada!

Necesitamos hermanos, hermanos,
junto al joven, junto al niño
compartiendo su amistad.

Necesitamos hermanos, hermanos
los más pobres nos esperan
hoy también es realidad.

Nuestra historia sigue hoy en los ojos
de otros niños marginados que reclaman
un amigo que les ame de verdad.

El milagro es escuchar estas
voces apagadas y servirles con un amplio
corazón siendo hermano entre los pobres.

Con un amplio corazón
respondiendo a sus llamadas.

¡¡Cuántos niños morirán sin saber que Dios les ama!!
«Recordamos niños y jóvenes de nuestros pueblos
y barrios que conocemos y están en necesidad»



+ **Comentario:**

La vida del Padre Champagnat fue un sí constante para con Dios y para con los demás, siempre quiso mostrar el rostro amoroso y solidario del Señor y busco orientar a todos hacia Dios a través del servicio y la caridad para con el más necesitado.

Todo lo que el Padre Champagnat poseía era para proveer a las necesidades de la comunidad, o para los pobres.

No tenía nada propio, llevaba una vida común con los hermanos y se prescindía de todo lo que no era indispensable. Tenía un entrañable amor por los pobres y los desventurados los socorría en tanto se lo permitían sus recursos. Tres móviles le impulsaban a obrar así:

- Su corazón tierno, que no le permitía ver padecer al prójimo sin sentirse conmovido e inclinado a ayudarlo.
- El profundo respeto y amor que profesaba a Jesucristo de quien los pobres son su imagen.
- El deseo ardiente que tenía de trabajar en la salvación de las almas.

Hecho de Vida

Marcelino estaba dispuesto en cualquier momento del día y de la noche a acudir a donde lo llamaban.

En cuanto sabía que alguna persona estaba enferma, iba a visitarla, no lo detenía ni el mal tiempo, cuando se trataba de asistir a los moribundos. No se contentaba con visitar a los enfermos para confesarlos y administrarles los sacramentos, sino que seguía visitándolos después, sea para ayudarlos a recuperarse o para prepararlos a bien morir. Siempre tenía una frase de consuelo para el enfermo.

Poco después, el 28 de octubre de 1816, ocurrió un suceso que motivó definitivamente a Marcelino a poner en marcha su proyecto. Le llamaron para que fuera al caserío de un carpintero de Les Palais, pequeño núcleo situado más allá del Bessat. Allí un joven de diecisiete años se estaba muriendo. El muchacho ignoraba por completo las verdades de la fe. Marcelino le enseñó, le escuchó en confesión y le preparó a bien morir. Luego volvió al caserío de Montagne, le dijeron que Juan Bautista ya había muerto.

Este encuentro transformó a Marcelino. El desconocimiento que el muchacho tenía sobre Jesús le convenció de que Dios le llamaba a fundar una congregación de hermanos que evangelizaran a los jóvenes, en especial a los más desatendidos. En el tiempo que invirtió de regreso a la casa parroquial, ya tenía la decisión tomada: invitaría a Juan María Granjon a convertirse en el primer miembro de su comunidad de hermanos educadores.

+ *¿Qué significa para mí tener un corazón compasivo como san Marcelino?*

¿Cómo sentimos que desde la Fraternidad actualizamos el espíritu de Champagnat en su deseo de humanización de la sociedad?

+ Cantamos el **Padre nuestro**, pidiendo al Señor el espíritu solidario en todos los hombres.

